

— Qué queréis, Mr. Jackal, no puedo acostumbrarme á Bicetre. Solamente la idea de tener que estar en contacto con los locos, me ataca á los nervios.

— Entonces, dijo Mr. Jackal levantándose, ¿por qué no sois vos cuerdo? Desgraciadamente, Gibassier, continuó al mismo tiempo que se dirigía á tirar de la campanilla, desgraciadamente no puedo acceder á vuestro deseo. Comprendo toda la tristeza en que ese pensamiento puede sumiros, es una espantosa necesidad; pero ésta no es más que una, como vos sabéis por vuestra calidad de clásico, los antiguos la representaban con extremos de hierro.

Mr. Jackal concluyó estas palabras cuando Colombier entró.

— Colombier, dijo el jefe de la policia cogiendo un gran polvo de tabaco, que tomó con cierto descanso, como satisfecho del aspecto que presentaban las cosas; Colombier, os recomiendo muy particularmente, ya me comprendéis, muy particularmente á Mr. Gibassier. Provisionalmente, en vez de llevarle al depósito, le conduciréis á la prisión en que habéis colocado al sujeto que detuvisteis ayer noche.

Después, volviéndose hacia Gibassier, le dijo:

— Es del ángel Gabriel de quien hablo; y decidme que no tengo presente todo; ingrato!

— No sé verdaderamente cómo daros las gracias, contestó el forzado inclinándose.

— Ya me pagaréis á vuestra vuelta, dijo Mr. Jackal sonriéndose.

Le miró y se retiró con cierta melancolía.

— Por ahora me quedo manco, dijo, porque es mi brazo derecho el que se marcha.

CAPÍTULO IX.

LA CADENA.

El antiguo castillo de Bicetre, situado en Villejuif, cerca de la villa de Gentilly á la derecha del camino de Fontainebleau, á una legua al sur de París, ofrece al viajero que se dirige hacia estos parajes uno de los más sombríos espectáculos que puede imaginar.

En efecto, esta tosca y negra masa de piedras, vista á cierta distancia, tiene no sé qué de extraño y horrible, de fantástico y de repugnante.

Allí se creen ver pasar y repetirse con los cabellos erizados, todas las enfermedades, todas las miserias, todos los vicios y todos los crímenes que se han cometido desde San Luis hasta nuestros días.

Retiro y prisión á la vez, hospicio y presidio al mismo tiempo, el castillo de Bicetre parecía una antigua villa abandonada en Alemania y visitada á ciertas horas por las gulfas y los brujos del infierno.

El doctor Pariset decía de Bicetre en su informe dirigido al consejo general de presidios, « que Bicetre realizaba el infierno de los poetas. »

Los que han visitado hace años este edificio aun pueden atestiguar la verdad de nuestro aserto.

Entonces tenía lugar en Bicetre la ceremonia de poner el hierro. En verdad el espectáculo que empezaba en este sombrío lugar para no terminar hasta Brest, Rochefort ó Tolón, era de los más siniestros; se comprende perfec-

tamente que á Gibassier le hiciese tan poca gracia el desempeñar el papel de protagonista en tan lugubre melodrama.

Los primeros preparativos de poner el hierro, como acabamos de decir, se verificaban en el gran patio del castillo.

En la mañana á que nos referimos, el aspecto de este patio, mirado al través de la bruma espesa, parecía más siniestro que de ordinario.

El cielo estaba encapotado, el aire era fuerte y el piso presentaba un color negruzco. Varios individuos, de aspecto patibulario, y de cara repugnante, paseaban de un lado al otro como sombras silenciosas cambiando de cuando en cuando alguna palabra en un idioma incomprensible para todos excepto para aquellas sombras.

Este paseo duraría como cosa de una media hora, cuando otros seres, de aspecto no menos repugnante, vinieron á unirse á los primeros, y después de haberles saludado en su idioma, dejaron en tierra las toscas cadenas y los numerosos hierros de que estaban cargados.

Éstos eran los condenados á prisión que llenaban en Bicetre el cargo de criados.

— ¿Tenéis sin duda trabajo? dijo uno de los hombres del primer grupo á otro de los recién llegados que limpiaba su frente cubierta de sudor.

— No me habléis, respondió éste mostrando los hierros que acababa de dejar en el suelo.

— ¿Son en bastante número? replicó el primero.

— Cerca de trescientos.

— Jamás se habrá visto semejante cadena.

— Sin contar las cadenas sueltas que se van á poner en camino.

— ¿Pero dónde se ha seguido el proceso? he leído atentamente el diario y no he visto más que nueve condenados.

— Parece que los demás son ya antiguos.

— ¿Los conocéis?

— ¡Yo! dijo con horror el condenado á prisión

En este momento un silbido salió de las habitaciones del castillo y resonó por todo el patio.

— ¡Á vuestros puestos! dijo con dureza uno de los hombres del primer grupo á los del segundo.

Éstos fueron á alinearse á lo largo de las murallas del patio cada uno delante de sus respectivos hierros.

Al mismo tiempo que se oyó aquel silbido, se vió salir por la pequeña puerta que conduce al segundo patio, una línea de treinta ó cuarenta sentenciados conducidos por cierto número de soldados.

Apenas llegaron al patio los forzados respirando el aire libre, dieron un largo grito de alegría, al cual respondió de lejos un sordo rugido de los demás forzados que esperaban que llegase también su hora de respirar.

Los primeros hombres que antes hemos dicho estaban paseando, se precipitaron sobre los sentenciados y les despojaron de pies á cabeza del traje de la casa, y se pusieron á examinar minuciosamente en todas las partes más reservadas de su cuerpo si ocultaban algún arma, dinero ú objeto que fuese de contrabando.

Acabada esta operación, otros les arrojaron, como puede tirarse un hueso á un perro, una especie de capote para cubrir su desnudez.

Mientras se desnudaban y volvían á vestirse los forzados, los encargados de llevar las cadenas de que antes hemos hablado habían colocado en el suelo una línea de pesados collares.

Un segundo silbido se dejó oír.

Á su sonido, cada forzado fué puesto junto á uno de los hierros, especie de argolla triangular que cada carcelero levantó hasta el cuello : y cuando estuvieron con aquellos collares de hierro, un hombre de estatura gigantesca y de terrible aspecto salió de un oscuro rincón donde se hallaba (que más bien pareció que salía de la muralla), armado de un tosco martillo, con el cual hubiera podido muy bien espantar al mismo Vulcano.

Éste era el artesano llavero.

En aquel momento, al aspecto del gigante del martillo, un estremecimiento significativo recorrió toda la línea, y la dió por algunos instantes cierta semejanza con la mies que se acaba de segar, cuando se conmueve desde la raíz á la espiga.

Y en realidad tenían motivo para temblar.

El llavero, armado de un tosco instrumento, pasó por detrás de cada sentenciado, y con un golpe de aquella pesada maza remarcó el botón que cerraba el triángulo, operación que hacía doblar violentamente la cabeza á los forzados por un movimiento de espanto.

Concluida la operación con aquellos sentenciados, otro silbido fué la señal de la salida de otro pelotón ; después salió otro tercero y así sucesivamente hasta que se completó el número de trescientos.

Cuando estuvieron reunidos todos en el patio, se les apareó. La cadena que los sujetaba iba desde el collar á la cintura y subía después desde la cintura al collar del que le seguía hasta el fin de la línea.

Pero la parte repugnante de este espectáculo no era lo expuesto. Lo que causaba más horror, y si nos es permitido decirlo así, lo más pintoresco, era el continente de los personajes,

Los compañeros en crímenes, los hermanos en penales, los enlazados más estrechamente unos á otros y destinados, según todas las apariencias, á pasar la vida reunidos, no se escuchaban sus quejas y parecían completamente extraños unos á otros, llenándose de improprios y recriminaciones.

Entre ellos, dos de nuestros conocidos (Etéoclo y Polynice) daban el triste espectáculo de una antigua amistad rota á la hora suprema del peligro común.

También debemos ocuparnos de Papillón y de Carmañola, colocados el uno junto al otro por la mano sin duda de la Providencia.

Papillón injuriaba á Carmañola, y Carmañola insultaba á Papillón. ¿ Podría creerse ? El haber nacido á los mismos grados de latitud, era, por decirlo así, la causa de sus brutales manifestaciones y de su antagonismo.

El meridional de Marsella se esforzaba en humillar al meridional de Burdeos, y éste llamaba á su camarada *bocas del Ródano*.

En cuanto á Trozo de Acero y Paja-Larga, que figuraban también en esta escena, presentaban igualmente un espectáculo deplorable. Paja-Larga llamaba á Trozo de Acero soldadote, y Trozo de Acero contestaba á Paja-Larga con el epíteto de jesuita.

Por otra parte en la penumbra, casi al fin de la columna de presidiarios, el rafaesco Gabriel con la frente inclinada, y presentándose como desmayado en los brazos de su amigo Gibassier, atraía por su aire de pecador arrepentido la conmiseración de los espectadores.

El experimentado Gibassier descubría que podía considerarse como el padre de la gavilla, como el *alma* de la cadena.

Sin duda todos los ojos que estaban fijos en él excitaban terriblemente sus nervios, pero afectaba no descubrir esta curiosidad de la multitud y más bien la despreciaba de una manera marcada.

La frente serena, la mirada tranquila y los labios entreabiertos, le daban el aspecto de una persona sumida en un grato ensueño, especie de éxtasis que participaba á la vez del recuerdo y de la esperanza.

En efecto, ¿ no dejaba tras de sí palpitantes recuerdos ? ¿ no había sido halagado en veinte círculos que se disputaban la gloria de tenerle por presidente ? ¿ las mujeres más distinguidas de la capital no sentían su pérdida ? ¿ el mismo cielo no se presentaba encapotado en aquel día en señal de duelo por la partida de su hijo predilecto ?

El resto de la cadena, que sin duda no tenía los mismos recuerdos que él, estaba muy lejos de afectar la misma calma.

Todo al contrario, apenas los cerrojos se descorrieron, como la voz de la tempestad, mil gritos salvajes se lanzaron en todos los tonos posibles por doscientas voces estentóreas, mezclados con aullidos, silbidos, gritos de animales, imprecaciones y obscenidades.

De repente, á una señal de uno de los hombres de la cadena, el silencio se estableció como por encanto, y una voz empezó á dejar oír una canción, que acompañaba cada condenado con el ruido del sacudimiento de su cadena, lo que producía un lúgubre efecto. Se hubiera dicho que aquello era un concierto de fantasmas.

Aun se estaba en aquella especie de ceremonia, cuando un nuevo personaje se presentó en el patio, y la multitud se inclinó respetuosamente ante el nuevo recién llegado.

Era el abate Domingo.

Miró melancólicamente la cadena, y levantando los ojos al cielo pareció implorar sobre aquellos desgraciados la misericordia divina.

Después, dirigiéndose al capitán de la cadena, le dijo :

— Caballero, ¿ por qué no estoy yo encadenado como estos desgraciados, puesto que yo también soy criminal y sentenciado como ellos ?

— Señor abate, respondió el capitán, yo no he hecho más que ejecutar las órdenes que se me han dado para este objeto.

— ¿ Y se os ha dado la orden de dejarme libre ?

— Sí, señor abate.

— ¿ Pero quién ha podido daros semejante orden ?

— El señor prefecto de policia.

En el mismo momento, un carruaje entró en el patio de Bicetre ; un personaje vestido de negro y con corbata blanca bajó de él, y dirigiéndose hacia el abate Domingo, se inclinó respetuosamente y le saludó con humildad desde el momento que le distinguió.

— Señor, dijo al pobre monje entregándole un pergamino, desde este momento vos estáis libre. Hé aquí la gracia que S. M. me ha encargado que os entregue.

— ¿ Perdón completo ? preguntó el abate más admirado que alegre

— Completo, señor abate.

— ¿ S. M. no pone ninguna restricción á mi libertad ?

— Ninguna, señor abate ; S. M. me encarga además os conceda en su nombre lo que vos me pidáis.

El abate Domingo bajó la cabeza y meditó.

En aquel momento recordó aquella gran misión de caridad empezada y cumplida bajo el reinado de Luis XIII por un monje como él, San Vicente de Paúl, por quien

fué creado el cargo de limosnero general de las galeras.

— Eso es, dijo para sí, seré el consuelo de estos pros- critos ; ¡ yo les daré esperanzas ! ¡ quién sabe si todos estos hombres serán peores que los demás !

Después levantando la cabeza.

— Caballero, dijo, puestó que S. M. me permite que pida una gracia solicito la de ser limosnero del pre- sidio.

— S. M. había previsto vuestro deseo, señor abate, con- testó el enviado del rey, y sacando un segundo pergamino del bolsillo y entregándosele al abate : Ved aquí vuestro nombramiento, añadió, y si os agrada, desde este instante podéis entrar en el ejercicio de vuestras funciones.

— ¡ Y cómo ahora ! preguntó el abate que veía la cadena próxima á partir.

— Es costumbre, señor abate, decir una misa en la ca- pillá de la casa é implorar la clemencia de Dios sobre los prisioneros antes de que partan para el presidio.

— Enseñadme el camino, caballero, dijo el abate diri- giéndose, seguido por el enviado del rey, hacia el cuerpo del edificio en que estaba situada la capilla.

La cadena se puso también en movimiento y siguió al monje.

Acabada la misión se dejó oír el último silbido.

Los forzados volvieron á penetrar en el patio, fueron colocados sobre unas largas carretas y la enorme puerta de la prision abrió sus dos hojas.

Las carretas empezaron su pausado movimiento por la explanada del patio, seguidos de los furgones de cocina y de un cabriolé, en el cual iban subidos el capitán de la cadena, el cirujano encargado de asistir á los forzados en- fermos, un empleado del ministerio del Interior, que lle-

vaba el nombre de comisario, el abate Domingo, flan- queados todos por una fuerte escolta de gendarmes.

La partida de las cadenas tiene siempre por espectadores á los ociosos parisienses, que se complacen en el triste espectáculo que presentan estos desgraciados.

Cuando los carros se presentaron, se dejó oír un hurra de maldiciones lanzado por la multitud á la cadena, hurra al cual respondieron todos los pechos de los forzados por un grito, ó más bien un canto de guerra siniestro, refrán popular que se repite en todos los presidios y que parece una especie de desafío que dirigen los forzados á la so- ciedad.

La PÈGRE ne périra pas (1).

Pero el abate extendió sus manos sobre la multitud y los forzados, y el convoy pudo ponerse en marcha en medio del silencio y del recogimiento.

CAPÍTULO X.

EN QUE CAMILA DE ROZÁN BUSCA EL MEDIO DE VENGAR
MEJOR SU OFENSA.

Nuestros lectores recordarán quizás las palabras pronun- ciadas por Camila de Rozán concediendo á su marido los ocho dias que necesitaba para hacer sus maletas y tomar los pasaportes.

(1) Los ladrones no concluirán jamás. En caló *Pegre* es familia de ladrones.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1080. 1625 MONTERREY, 1925

Recordemos su última frase que puede servir de epígrafe á este capítulo y al siguiente.

« ¡ Ocho días ; concedido ! había dicho con resolución la criolla ; ocho días , pero también es verdad que había añadido , mirando al cajón en que estaban encerrados el puñal y las pistolas ; también es verdad que mi resolución estaba tomada antes de que entrase en esta habitación , y si de hoy en ocho días no hemos partido , tú , ella y yo , Camilo , compareceremos ante Dios para responder cada uno de nuestra conducta . »

Al día siguiente en que estas palabras habían sido pronunciadas , Camilo había recibido en medio de su discusión con Salvador una esquila de la señorita Susana de Valgeneuse , en la que se decía :

« Salvador me da un millón , haced vuestra maleta lo más pronto posible , y saldremos por ahora para el Havre ; partiremos mañana á las tres . »

Después de haber contestado : « concedido » al criado que traía la carta , Camilo la había roto y arrojado los pedazos al fuego de la chimenea y había salido en seguida .

Pero detrás de él , uno de los portieres del salón se había corrido también precipitadamente y daba paso á Mad. de Rozán .

Fué derecha á la chimenea y buscó los pedazos de la carta rota .

Después de haber buscado minuciosamente entre las cenizas y haberse asegurado de que no quedaba ningún pedazo , la señora de Rozán volvió á levantar el portiere de la sala y penetró de nuevo en su alcoba .

Pasados cinco minutos , consiguió poner en orden todos

los pedazos de papel , y por consiguiente poseía la carta dirigida á su marido .

Dos lágrimas rodaron por sus mejillas , lágrimas más bien de vergüenza que de tristeza . ¡ Se jugaba con ella !

Permaneció algún tiempo sentada en su sillón con ambas manos sobre sus ojos , meditando y llorando á la vez .

Después , levantándose bruscamente , atravesó el salón diferentes veces con los brazos cruzados , las cejas fruncidas , deteniéndose de cuando en cuando y poniendo la mano sobre su frente como para fijar más sus ideas .

Después de algunos instantes de este calenturiento paseo , se detuvo y se apoyó en el ángulo de la chimenea , fatigada , sí , pero no abatida .

— ¡ No partirán ! exclamó , ó me destrozarán bajo las ruedas del coche de viaje .

En seguida llamó á su doncella .

— ¿ Qué queréis , señora ? preguntó ésta .

— ¿ Qué quiero ? respondió la criolla con cierto aire de admiración , ¡ yo no quiero nada ! ¿ por qué me preguntáis lo que quiero ?

— ¿ No habéis llamado ?

— Es cierto que he llamado , pero no sé para que .

— ¿ Estáis mala , señora ? preguntó la doncella al ver el rostro pálido de su ama .

— No , no estoy mala , respondió con cierto tono de valentía Mad. de Rozán ; jamás me he encontrado mejor que ahora .

— Si no tenéis necesidad de mí , me retiraré .

— No tengo necesidad de vos , es decir , esperad un momento ; sí , tengo que preguntaros una cosa , habéis nacido en Normandía , ¿ no es cierto ?

— Sí, señora.

— ¿En qué población?

— En Rouen.

— ¿Está lejos de París?

— Treinta leguas próximamente.

— ¿Y del Havre?

— La misma distancia poco más ó menos.

— Bien; podéis retiraros.

— ¿Para qué impedirles el partir? se decía á sí misma la criolla: ¿necesito otra prueba más cierta de su infidelidad y de su traición, que lo que me indica mi corazón? ¿pero sin embargo me hace falta otra prueba más irrefragable, necesito una prueba material! ¿Y dónde encontrarla?... Decirle: lo sé todo, partes mañana con ella. Pero no partirás, ó desgraciado de ti... Negará como ha negado hasta aquí... Ir á buscar á Susana y decirle: Sois una criatura infame, vos me arrebatáis á mi marido... Se reirá de mí; le contará después su aventura, y ambos se burlarán de mis palabras... ¿Camilo reirse de mí! ¿Pero cuál es el secreto de ese ser monstruoso? ¿Cómo ha podido hacerse amar tan repentinamente? ¿Cuál es su prestigio? Ella no es tan joven, no es tan morena, no es tan bella como yo.

Al discurrir de este modo, la criolla se había colocado delante de un espejo, y se miraba atentamente como para convencerse de que el dolor no la había hecho perder nada de su hermosura y que podía luchar ventajosamente con la señorita Susana de Valgèneuse.

Después de un detenido examen, dos gruesas lágrimas salieron otra vez de sus ojos.

¡No! exclamó, jamás podré comprender que haya querido á esa mujer! ¿y qué hacer? ¿procurar atraerle á su

pesar y llevarle conmigo? ¿Se me marchará á medio camino y volverán á reunirse! Además si consiente en seguirme, sólo será el cadáver de mi pasado lo que llevará conmigo, y tan sólo podré considerarle como la insensible fantasma de nuestro antiguo amor! ¿Y volverá esta noche, tan alegre y satisfecho como de costumbre! ¿y me abrazará como siempre! ¿Oh traidor, embustero y falso Camilo! No, no seré yo quien diga que me sigas, sino que yo seré quien vaya en tu persecución como tu misma sombra hasta el momento en que tenga la prueba de tu crimen. Cálmate, pues, corazón mio, y no vuelvas á latir con precipitación hasta que estés vengado.

Y al hablar de esta manera la joven enjugó sus lágrimas y meditó su plan de venganza.

Dejémosla meditar hasta que llegue la noche, y trasládeonos al momento en que Camilo, alegre y decidido como siempre, entró en su alcoba.

La encontró como la vispera, en pie en medio de la habitación, y como la vispera la dijo también besándola en la frente:

— ¿Cómo! ¿aún no te has acostado siendo tan tarde, hermosa mía? Es ya la una, hija querida.

— ¿Qué importa? contestó con frialdad Mad. de Rozán.

— Pero á mi me importa mucho, amor mio, replicó Camilo dando á sus palabras la entonación de la mayor ternura posible; vamos dentro de siete días á emprender un largo viaje y tienes necesidad de todas tus fuerzas.

— ¿Quién sabe si este viaje será largo? dijo á media voz la criolla, como hablando consigo misma.

— Pero yo, respondió Camilo, que no comprendió el pensamiento de la americana; yo que he hecho cuatro ó cinco veces el trayecto de París á la Luisiana, y tú misma

que has andado ese terreno conmigo debes conocer su duración.

— ¡ Nos amábamos, Camilo ! respondió sonriendo amargamente la criolla, de modo que el viaje me pareció muy corto.

— Te aseguro que ahora te parecerá más corto todavía la dijo galantemente Camilo besándola de nuevo en la frente. Vaya, buenas noches, niña mía ; he andado mucho hoy y me estoy muriendo de sueño.

— Buenas noches, Camilo, dijo friamente Mad. de Rozán.

Y el americano penetró en su habitación sin haber notado la menor turbación, ni la palidez de su mujer.

Al siguiente día por la mañana, la criolla, acompañada de su doncella, subió en carruaje de plaza y se hizo conducir á la casa del librero del Palais-Royal, donde compró un libro de postas.

Comprado el libro, volvió á subir al carruaje y contestó al cochero cuando le preguntó dónde iban ;

— Á casa de uno que venda carruajes.

El cochero animó á sus caballos y los dirigió hacia la calle de la Pepinière.

— Caballero, dijo al vendedor, tengo necesidad de un carruaje de viaje.

— Varios tengo en el almacén, respondió éste ; si queréis, tomaos el trabajo de verlos.

— Es inútil, caballero, confío en vos.

— ¿ De qué color le queréis ?

— Me es indiferente.

— ¿ Con cuántos asientos ?

— Con dos.

— ¿ Queréis un carruaje que sea fuerte ?

— Me es igual.

— ¿ Es para un viaje largo ?

— No, para unas sesenta leguas.

— ¿ Tenéis necesidad de que llegue pronto á su destino ?

— Sí, tengo gran precisión de que llegue pronto.

— Entonces, lo que necesitáis es un carruaje muy ligero.

— Bien, ¿ y dónde se tomarán los caballos ?

— En la posta, señora, respondió el comerciante sonriéndose, antes de que Mad. de Rozán concluyera su pregunta

— ¿ Os encargáis de mandarlos á buscar

— Sí, señora.

— ¿ Y de remitirme el carruaje arreglado á la puerta de mi casa ?

— También, ¿ y á qué hora ?

Entonces Mad. de Rozán reflexionó un momento.

La cita, ó más bien la partida de Camilo y Susana estaba señalada para las tres. Era por lo tanto necesario partir una hora ó media después á más tardar.

— Á las tres y media, dijo, entregando su tarjeta al mercader.

Iba á marcharse cuando éste la detuvo diciendo :

— Aun falta un extremo de que tratar.

— ¿Cuál ? preguntó la criolla admirada.

— Tenemos que convenir en el precio, contestó riéndose el comerciante.

— No tengo nada que tratar con vos respecto de ese punto, señor mercader, dijo con altivez la criolla sacando de su bolsillo una cartera, ¿ cuánto os debo ?

— Dos mil francos, respondió el maestro de coches ;

pero está segura de que lleváis un magnífico carruaje, elegante, ligero y sólido al mismo tiempo. Con ese carruaje podéis ir hasta el fin del mundo.

— Cobraos, dijo la criolla presentándole la cartera.

El comerciante tomó dos billetes de á mil francos, después de haberse inclinado con cierta humildad que caracteriza al vendedor cuando ha sacado buen partido de su venta.

— Á las tres y media en punto, advirtió la criolla abandonando el almacén.

— Á las tres y media en punto, repitió el comerciante inclinándose de nuevo hasta el suelo.

Mad. de Rozán encontró, al llegar á su casa, á Camilo que la esperaba para almorzar.

— ¿Has empezado á despachar tus compras, querida mía? la dijo dándole un abrazo.

— Sí, contestó la criolla.

— ¿Para nuestro viaje?

— Para nuestro viaje, repitió ella.

Al tiempo de almorzar, Camilo acudió á su talento; empleó para divertir á su mujer todos los recursos del arte que tenía almacenados. Ella se esforzó también por sonreír; pero por dos ó tres veces cogió también convulsivamente el cuchillo para trinchar y miró á su marido sin que pareciese que él lo notara.

Concluido el almuerzo, que sería á las dos y media próximamente, Camilo se levantó diciendo:

— Voy al bosque.

— ¿No volverás á comer? preguntó Mad. de Rozán.

— Hemos almorzado demasiado tarde; pero si así lo deseas, amor mío, comeremos; y si quieres en tu mismo cuarto, añadió con una voz dulce: eso nos recordará nuestras hermosas noches de la Luisiana.

— ¡Como gustes, Camilo! contestó la criolla con una voz sombría.

— Adiós, pues, hasta la noche, dijo Camilo abrazándola con más ardor y por más tiempo que tenía de costumbre desde hacia algunas semanas, si bien al besarla se estremeció involuntariamente su esposa. Una mujer rara vez se engaña sobre el verdadero valor de un beso. En aquel momento se imaginó que aun era amada, y experimentó una especie de alegría salvaje.

Mad. de Rozán volvió á entrar en su cuarto, puso algunos efectos en un saco de noche, y tomando las pistolas y el puñal del cajón de la mesa:

— ¡Oh, Camilo! ¡Camilo! murmuró sordamente mirando el puñal con unos ojos que parecían lanzar rayos de fuego; ¡oh Camilo! el deseo de la venganza ha entrado en mí y no es tiempo de cortar sus alas. ¡Quisiera salvarte, pero es demasiado tarde! La voz que me dice ¡hiere! debe decirte dentro de algunas horas, ¡expia tus faltas! ¡Ah Camilo! y yo te he amado tanto, y yo te amo tanto todavía. Pero ¡ay! una voluntad superior á mis fuerzas me arrastra á vengarme! Bien sabes que he querido protegerte y advertirte de mi justa cólera. Te he dicho, partamos; volvamos á nuestro cielo natal. En el primer árbol del camino volveremos á encontrar nuestro amor floreciente; pero tú no quieres escuchar nada y has resuelto huir, engañándome. ¡Oh Camilo! ¡Camilo! ¡y soy yo quien debería llevar tu nombre! ¡Ah! siento rugir en mi corazón todos los encantos de la venganza.

En este momento la doncella entró, y anunció que todo estaba pronto para la partida.

— Bien, contestó lacónicamente la criolla, envainando su puñal y guardándole en su bolsillo.

Después, cruzando sus manos, se entregó á una exaltación religiosa.

— Señor, dadme las fuerzas necesarias para llevar á cabo mi venganza; después, dirigiéndose á su doncella y envolviéndose en un largo manto, dejó oír únicamente esta palabra: ¡ partamos!

Atravesó con firme paso las habitaciones, y después de haber dirigido la última y triste mirada sobre los muebles, los cuadros y los diferentes objetos, testigos de los primeros y últimos momentos de su amor, bajó rápidamente la escalera, y se encontró en el zaguán, donde se agitaban impacientes los caballos de posta.

— Triples derechos por marchar tres veces más veloz que de costumbre, dijo al postillón al subir en el carruaje.

— Y el postillón lanzó los caballos al través de la gran puerta del edificio, con la animación de un hombre que desea ganar legítimamente su dinero.

No contaremos las diferentes impresiones experimentadas por la criolla durante el viaje. Absorta en su dolor profundo no vió ni las fachadas de las casas, ni las torres de las iglesias, ni los árboles del camino. No mirando más que á sí misma, sólo descubría las gotas de sangre que caían de su herida y las lágrimas que brotaban de sus ojos.

Á las seis horas alcanzó al carruaje de los fugitivos que llegó casi al mismo tiempo que ellos al Havre, en medio de la noche, y supo por el postillón que les había conducido, que habían parado en el hotel Real, situado en el malecón.

— Al hotel Real, dijo en seguida á su postillón.

Después de diez minutos se hallaba instalada en una de

las habitaciones del hotel, y diremos en el capítulo siguiente lo que allí vió y escuchó

CAPÍTULO XI.

LO QUE SE PUEDE VER Y ESCUCHAR POR LAS PUERTAS.

— Dad á esta señora el núm. 10, dijo la dueña del hotel á una criada de servicio.

El núm. 10 está situado en medio del primer piso.

La criada instaló á Mad. de Rozán en su departamento, y ya iba á retirarse, cuando la criolla le hizo seña de que se quedara.

— Cerrad la puerta y escuchadme, la dijo.

La criada obedeció y se acercó á la criolla.

— ¿Cuánto ganáis al año en este hotel? la preguntó.

La criada no estaba preparada para esta pregunta, y dudaba qué responder. Sin duda se imaginaba que la joven y rica extranjera iba á tomarla á su servicio; hizo por lo tanto lo mismo que el vendedor de carruajes y se dispuso á decir el total de su salario.

Hubo por lo tanto por su parte un momento de silencio.

— ¿Me comprendéis? repitió Mad. de Rozán impaciente, os pregunto cuánto ganáis aquí.

— Quinientos francos, respondió la criada, sin contar las pequeñas gratificaciones de los viajeros; y además se me da de comer, habitación y ropa limpia.

— Eso me importa poco, contestó la esposa de Camilo, quien como á todas las personas preocupadas por una idea,